

“La obsolescencia se ha convertido en una realidad que no podemos obviar”

Nuestro primer ordenador nos duró casi diez años, el segundo se alargó a seis y el siguiente lucha por mantenerse útil después de los tres. Algo parecido pasa con los televisores y los smartphones: todo parece quedarse obsoleto a marchas forzadas y lejos quedan los tiempos en que un frigorífico podía durar veinte o treinta años. ¿Cuál es la razón de que suceda esto? Según Hugo Pardo Kuklinski, profesor de Comunicación Digital la Universidad de Barcelona y autor de diversos libros sobre economía, consumo y nuevas tecnologías, la obsolescencia de los objetos se ha acelerado y es un proceso imparable. El único modo de combatirla, dice, es tenerla en cuenta como un factor más en la decisión de compra.

¿Cree que ha existido alguna vez una obsolescencia planificada como una trama perversa de las empresas? Creo que hay un toque de perversidad en limitar la vida de un dispositivo, pero no estoy seguro de que sea una práctica extendida ni que tenga una intención clara, sino más bien creo que es la consecuencia de varios factores. Es verdad que a veces nos da la sensación de que por su apariencia un móvil, un ordenador o una cámara podría haber durado más. Sin embargo, por qué nos decimos siempre esto al final de la vida del aparato y no en su inicio.

¿A qué se refiere? Al momento de la compra. ¿Por qué no nos preguntamos al adquirir un ordenador cuánto tiempo nos funcionará con fluidez en función de su memoria RAM o de su procesador? Si lo hiciéramos, tal vez preferiríamos pagar un poco más y tener otro aparato con componentes que alarguen su vida dos o tres años más. Con esto quiero decir que evitar la obsolescencia de los aparatos también es responsabilidad del consumidor.

¿Entonces cree que existe una obsolescencia planificada en el mundo de las tecnologías de la información y el conocimiento? Creo que los fabricantes producen aparatos para que hagan un servicio, pero les dan unas condiciones de durabilidad que son acordes con su proyección económica. En este sentido sí creo que hay una obsolescencia planificada, pero más bien determinada por lo que es viable y lo que no lo es desde el punto de vista económico. No podemos pedirle a una empresa que sacrifique su viabilidad para evitar la obsolescencia de un aparato.

No es posible afirmar que un ordenador con tres años de vida sea viejo. Sin embargo, sí se puede decir que cada vez es menos eficaz a la hora de gestionar los distintos programas. ¿Se puede hablar de obsolescencia funcional? Sí, pero motivada por la revolución innovadora que vivimos. La innovación crece en una curva exponencial y los fabricantes de hardware casi van por detrás. No podemos parar la innovación porque es progreso.

Entonces, ¿qué se puede hacer? Ser más responsables en nuestro consumo. Podemos comprar objetos más caros pero pensados para durar más, por ejemplo entre varias personas. Se comparten coches, sofás, oficinas: ¿por qué no compartir ordenadores, impresoras o cámaras fotográficas?

Los teléfonos de gama alta ya rozan los 700 euros y también están afectados por la obsolescencia funcional. No podemos gastar esa cantidad cada dos años... Quizá no sea necesario tanto. Desde el 3G se han comercializado cuatro versiones más de iPhone. Yo, por ejemplo, pasé del 3G al iPhone 4 y de momento me siento satisfecho. Cuando cambie de teléfono lo haré pensando en términos de durabilidad.

Sin embargo, el desarrollo acelerado de nuevas aplicaciones y tecnologías pesa en la obsolescencia de los aparatos de consumo digital, ¿no cree? Estoy de acuerdo en que hay que reconocer esta situación y que incluso a veces puede que haya intencionalidad de las empresas detrás de ella, pero la solución no es decir: “detengan la innovación, detengan la economía y hundan sus negocios porque queremos luchar contra la obsolescencia”. La solución pasa por tener en cuenta este factor cuando compramos un televisor o un ordenador. Antes los aparatos duraban veinte años, ahora tal vez cinco con suerte.

¿Se ha convertido la obsolescencia en un problema? Se ha convertido en una realidad que no podemos obviar. Cuando publiqué Geekonomía habían pasado dos años desde que escribí el libro, y ahora hace ya dos años que salió; está en algunos aspectos obsoleto y muchos lectores me piden que lo actualice. Yo lo escribí pensando en un ciclo que se ha acertado por muchos factores que eran imposibles de controlar por mi parte. Las TIC lo han acelerado todo.

¿No cree que es denunciable que un televisor que puede haber costado más de 1.000 euros esté fuera de juego en tres años? Creo que estas situaciones acabarán por tener una respuesta por parte de sus consumidores. El hecho de que el ciclo de vida se acorte en los productos tecnológicos también comporta que la fidelidad de los usuarios a una marca sea mucho más efímera que antaño. Si las empresas juegan sucio, perderán a sus usuarios de golpe. En cambio, si son honestas y transparentes recibirán nuestra recompensa.

Hugo Pardo

Profesor de
Comunicación Digital la
Universidad de Barcelona



“La obsolescencia programada es una leyenda urbana”

José Ramón Carbajosa

Director general de la Fundación Ecolec y presidente del WEEE-Forum

Son muchos los ciudadanos que se preguntan qué hay de cierto en que bombillas, impresoras y otros objetos estén diseñados para durar un tiempo limitado, y así forzar su sustitución con el consiguiente beneficio para el fabricante. Rumor o realidad, el hecho es que en el caso de las nuevas tecnologías (las llamadas TIC), se reflexiona sobre si los fabricantes están forzando este fenómeno con televisores, ordenadores y teléfonos que se quedan antiguos más deprisa. José Ramón Carbajosa, director general de la Fundación Ecolec y presidente del foro europeo WEEE, dedicadas ambas instituciones al reciclaje de aparatos electrónicos, asegura que no existe tal complot. Achaca, en cambio, al desfreno consumista una obsolescencia de los aparatos que en muchos casos ve más imaginaria que real.

¿Cree que algunas empresas diseñan sus aparatos para que duren un tiempo limitado? No. La obsolescencia programada es una leyenda urbana que no tiene argumentos sólidos para sustentarse. La máxima de todos los fabricantes es crear nuevos aparatos más eficaces, más eficientes desde el punto de vista energético, con la mayor durabilidad posible y al mejor precio. Todo ello se hace con el fin de lograr que los clientes vuelvan a confiar en los productos de la marca respectiva la próxima vez que tenga que reponer uno de ellos.

¿Se puede decir que existe una excesiva obsolescencia, programada o no, hoy en las TIC? La durabilidad de los aparatos se acorta cada vez más... En todo caso, lo que ha cambiado en algunos de los ámbitos de las TIC son los hábitos de consumo y, con ellos, podemos hablar de la aparición de la obsolescencia funcional o tecnológica, pero nunca programada. En el terreno de la informática y

las telecomunicaciones tenemos un claro ejemplo. Compramos la videoconsola de última generación y, un año después, su competencia presenta en el mercado otra con nuevas funcionalidades que hacen que “aparquemos” la primera, aunque funcione bien, porque queremos disfrutar de las novedades.

Es decir que nos puede el ansia de la novedad... Los aparatos no dejan de funcionar antes, somos sus dueños los que, influidos por el continuo avance de la tecnología y sus ventajas, cambiamos determinados aparatos por otros más novedosos, con mayores prestaciones o mejor diseño. También influyen, cómo no, las modas. A nadie se le escapa que en el mundo de la telefonía son muchos los que se mueven por el impulso de estar a la última y poseer del último ingenio electrónico, algo que les da cierto estatus, nivel o glamour.

¿Hay tal vez un desfase entre ritmo de innovación y ritmo de fabricación? No. Solo el necesario para comprobar que una supuesta mejora es real y funciona bien. La sinergia entre los departamentos de innovación y la incorporación de sus desarrollos a las cadenas de montaje es total. Una vez que una mejora ha sido aprobada, pasa a probarse para verificar que cumple las nuevas funciones que pretende y también su durabilidad. Una vez superado este proceso, se incorpora a la producción de manera inmediata.

Algunos expertos han lanzado algunas propuestas para evitar, o al menos frenar, la obsolescencia: ¿podría ser una solución aumentar el IVA, por ejemplo, a un 24% para productos nuevos (que no innovadores) durante los 12 primeros meses después de su lanzamiento y volver al tipo impositivo “normal” una vez transcurrido ese año? Esta teoría no hace sino confirmar que la obsolescencia programada no existe. Lo que aquí se

plantea es un intento de alargar la vida útil de los aparatos y penalizar impositivamente un posible consumo irresponsable. Subir el IVA no impediría la supuesta paralización programada de un aparato electrónico; lo que sí lograría es impedir que una parte de los consumidores tuviera acceso a esos productos.

Por lo tanto no cree en este tipo de medidas... Esta en concreto supondría poner en tela de juicio el avance que representa para la industria y la economía el trabajo y los resultados de los departamentos de I+D de las empresas fabricantes. No se pueden cerrar las puertas del desarrollo y la innovación en aras de un fin tan poco definido como alargar la vida útil de nuestros enseres electrónicos.

¿Qué se puede hacer entonces? Todos abogamos por el consumo responsable pero me pregunto si sería justo penalizar económicamente a alguien que pretenda adquirir un aparato, por ejemplo una televisión con tecnología LCD, un producto con una tecnología consolidada que los fabricantes ya han amortizado y que les permite ponerla en el mercado a un precio que lo convierte en accesible a gran parte de la población.

¿Qué parte de responsabilidad tiene el consumidor a la hora de alargar la duración de un aparato? El consumidor debe concienciarse de que sus decisiones de compra o de marcar el límite de vida de un aparato por debajo del real conllevan repercusiones para su entorno, más allá de satisfacer sus deseos. En unos casos estas consecuencias pueden ser buenas, por ejemplo al comprar aparatos más eficientes desde el punto de vista ecológico, pero en otros se generará un residuo que tal vez podía haberse evitado conteniendo el impulso consumista.

✚ www.consumer.es

